

de latir, y juntamente con tan inusitados sonidos recorria un agudo escalofrio sus helados miembros.

Del propio modo, cuando dos cisnes abandonan su lago, tan luego como observan los primeros indicios del precoz invierno, para preservar á sus hijuelos de las penetrantes brisas del Norte, y atraviesan el cielo de uno á otro confin, si su vuelo les conduce á un campo de batalla en que dos pueblos armados se destrozan las entrañas, oyen tambien rugir en la llanura ensangrentada las oleadas del combate y los gritos de los combatientes; observan los relámpagos de la polvora que hacen brotar el rayo de aquel crater viviente; ven horrorizados las aguas de aquel lago en que tanto les complacia bañarse, tintas en sangre, los globos de fuego que el salitre hace estallar socarran sus plumas hasta en las mismas nubes, y en aquellos campos de horror de los que no pueden alejarse, sus alas sin fuerza no osan ya palpar.



NOVENA VISION

Entre tanto el esquiife bajaba hácia donde rugía aquella tempestad horrible, rasando las cúspides sombrías de las altas torres, que por su gran número, y sus cimas aglomeradas en forma de agujas, de arcos ó de minarettes, parecian una selva de piedra en que los mármoles y granitos hubieran germinado por sí mismos, vegetando á modo de árboles: pirámides, altísimos palacios, puentes inmensos que descansaban sobre inmensos arcos; arcadas sobre arcadas erguidas sobre anchas plataformas y sirviendo de pedestal á monstruos enormes; obeliscos monolíticos, arrancados del seno de la tierra como una osamenta, que sin sostener nada iban adgazándose como una espada y se perdian como un ensueño en el seno de las atónitas nubes; acueductos en que mugía el río de caudalosas aguas, jardines aéreos suspendidos de mil arcos, cuyos gigantescos árboles, más altos que nuestras ideas, difundian sobre los palacios inconmensurables sombras; columnatas que seguian, cual una serpiente de bronce, los grandes pliegues del terreno desde las lomas hasta los valles, en que innumerables troncos de metal, prodigiosas plantas, ostentaban en sus copas follajes de acantos; jarrones en que humeaban piras de aloe para perfumar de noche la brisa de los palacios, ó deslumbradoras hogueras de llamas piramidales que, ondulando al viento, reverberaban en las losas.

La nave, bogando entre aquellos monumentos amontonados, como un águila entre los mástiles de cien buques, temia á cada momento ver destrozada su quilla contra una pirámide, una torre ó una aguja. Al través de este dédalo dirigia su vuelo, á los mil gritos de espanto que se elevaban de la tierra, hácia el centro deslumbrador, fuerte morada de los dioses, que dominaba desde lo alto la ciudad interior. Allí, cerniéndose más abajo sobre la sagrada mansion, en que los jefes se encerraban en su celosa corte, vieron, al resplandor de cien antorchas errantes, en un jardin surcado por murmuradores arroyuelos y á las incesantes brisas de acordes melodiosos, un crecido enjambre de diosas y dioses, mirándolos caer como una estrella fugaz y haciendo retemblar el espacio con un inmenso grito.

Pero ántes que el esquiife suspendido un momento, hubiese bajado al nivel de los baluartes, el que parecia reinar sobre aquella muchedumbre hizo un ademan; y al punto, así como la hoja se arremolina cuando el viento del mediodía la barre, la amontona y la hace ondular, aquellos hombres y mujeres, obedientes á la señal de su señor mostrando en su palidez todo el espanto de sus almas y sin atreverse á dirigir una mirada al cielo, huyeron del jardin al azar. Cuando el rey se quedó rodeado solamente de un grupo celeste de mujeres y gigantes, indicó con otro ademan al piloto vigilante la cúspide de una torre circundada de almenas de marfil; allí subió el rey con lentitud de piso en piso, y la embarcacion descendió por fin de las nubes.

Tan luego como hubo tocado en tierra á la manera del ave que se posa, arrióse la vela sobre el delgado mástil, y los gigantes salieron de los bordes inclinados de la nave cual de los costados de un buque que zozobra, apresurándose á saludar á su rey; en seguida desembarcaron á los cautivos, que estaban inmóviles de terror, y á sí como los perros adiestrados, arrastran, llena la boca de espuma, al gamo ó al ave cuyo plumaje muerden del propio modo condujeron en sus brazos triun-

fantes á los dos esposos y sus hijos, arrojándolos á los piés del rey.

El aspecto inesperado de aquella jóven presa arrancó un grito de sorpresa y de alegría general; pero al punto sucedió un profundo silencio á este arranque de admiracion. Sin embargo, al contemplar á la claridad de una antorcha, cuyos resplandores, recorriendo lentamente las facciones de ambos esposos, parecian hacer surgir un ángel de una nube, los gigantes prorumpieron en nuevas exclamaciones, levantando los brazos por efecto de su asombro. Contemplaban con los ojos, acariciaban con el alma el aéreo torso de la jóven, sus miembros velados de piés á cabeza por sus sueltos cabellos, semejantes á una espuma de oro; el mármol palpitante de sus blanquísimos hombros; sus brazos lánguidos caídos sobre sus costados, pero que si llegaban á separarse del cuerpo, debian formar en su contorno el anillo de un invencible amor; aquel seno naciente, más blanco que la leche, nieve que habia conservado el molde de una copa, y que sus dedos abiertos y sus cabellos esparcidos procuraban ocultar á aquellas lascivas miradas; el torneado cuello inclinado sobre el hombro y que comunicaba su morbidez á cada plegado músculo; aquella boca entreabierta, de purpurinos labios, granada de Damasco abierta á los rayos del sol, y de la cual parecia salir, junto con su débil aliento, un alma llena de dudas y esperanzas; aquel pliege formado por el dolor entre las cejas; aquellas perlas que brillaban en el fondo de sus pestañas, la palidez del espanto, el rubor de la vergüenza que respondian en sus megillas á las miradas que la sonrojaban; los ahogados suspiros que dirigia á Cedar encadenado junto á ella, la maternal sonrisa con que miraba á sus hijos, y aquellos ojos en los que brillaba el resplandor de la errante antorcha como reflejo de una hoguera en el agua corriente, dejando ver en el fondo de su tétrico fulgor un mundo sin fin de amor y de candor.

Apartando luégo los gigantes la vista de tan celestial imá-

gen y dirigiendo la claridad de la antorcha hácia otro rostro, contemplaron á Cedar inmóvil á sus piés, enlazando con ambos brazos sus rodillas dobladas y dejando pender en cortas oleadas negra cabellera como para ocultar el alma á la par de su rostro. Su hermoso cuerpo estaba postrado bajo el peso de los hierros, remachados á sus miembros; pero si se hubiera levantado, su alta y robusta estatura hubiera aventajado considerablemente á la de los dioses. Los pesados eslabones de sus cadenas, retorcidos por sus esfuerzos, habia impreso en su cuerpo amoratadas manchas; mas la varonil adolescencia de aquel cuerpo encantador, cuya gracia se hermanaba con su pujanza, las palpitations de sus músculos nacientes cuyas ondulaciones podian observarse como se observan bajo la corteza de un olivo jóven los robustos pliegues del tronco que revelan su fuerza; la blancura de su piel, apenas oscurecida por un ligero vello parecido á una sombra ondulante; la hermosura agradable y varonil de su abatido rostro, en cuya pálida tez luchaban la juventud y la muerte; aquel tronco que parecia precipitado allí desde el cielo, su talla, su esplendor, su inmovilidad, le asemejaban á la pálida estatua de alguna deidad de mármol derribada á nuestros piés, á la cual temen acercarse los lagartos trepadores y que la mano no se atreve á tocar al medirla.

Insensible á las miradas fijas en él, cuando el gigante adornado de la divina diadema profanaba los atractivos de Daidha con su brutal deseo contemplándola muy de cerca, Cedar levantó su melancólica frente, contrajo las cejas y le dirigió una torva mirada en la que se veía flamear toda su saña; mirada mal reprimida, pero fulminante; sus hierros, sacudidos por un salto involuntario, sonaron como un monton de cadenas arrojadas al suelo por el viento; y las reinas palidieron de espanto, y el rey retrocedió, escapándosele la antorcha de la mano!

Así tambien, cuando un leñador, despues de derribar un roble tierno aún, mete la cuña para henderlo, é introduce los

dedos en el tronco desgarrado para ver cómo sangra la savia y se retuerce la madera; si se reunen los dos bordes de la ancha herida del árbol hacen prorumpir al hombre en un grito de dolor, y cogiendo con fuerza la mano que le tortura, el árbol caido se venga arrancando el brazo de su verdugo!





DÉCIMA VISION

Cuando el soberano de los dioses hubo saciado su vista y su alma en la contemplacion de aquel hombre y su compañera, los verdugos prosternados le refirieron como habian caido, cual rayo desprendido del cielo, sobre la gruta en que el impío urdía sus blasfemias, y vengado con su muerte la suprema voluntad de sus señores; cómo habian reducido á cenizas, en aquel nido oscuro y maldito del que salian la murmuracion y la sedicion, el libro emponzoñador que fascinaba las almas; y cómo habian encontrado aquellos dos amantes, huéspedes misteriosos del desierto, que habian cautivado su vista; y cargándoles de cadenas, los habian traído para que sirvieran á los dioses de víctimas, de esclavos.

Al observar aquellos hombres sanguinarios que el relato de la muerte de Adonai desarrugaba el ceño del soberano, iluminándose su frente como un monte que surge de una nube, valoraban ya en sus adentros la recompensa de semejante crimen; saboreaban en sus corazones su infame maldad é igualaban de antemano el servicio prestado con el provecho.

—Ministros valerosos de las divinas venganzas, exclamó Nempned, recibid el salario que con tanta razon habeis ganado.

Y al pronunciar estas palabras, levantó el pié y dió con él cinco golpes en el pavimento. A esta terrible señal, repetida por el eco, salieron encorvados por una trampa secreta cinco

colosos humanos, ejecutores ocultos, monstruos enseñados á derramar sangre y por la sangre atraídos, cuya lengua arrancada era prenda de su forzoso silencio. Cada uno de ellos, llevando una espada desnuda en la mano, se lanzó sobre uno de los cinco gigantes descendidos del esquife; cinco veces se hundió el acero en sus corazones confundidos, y exhalando horribles blasfemias, rodaron sobre las baldosas á los piés del rey de los dioses á quien el estertor de los cinco hombres arrancó una placentera sonrisa; el alma de las victimas se escapó en oleadas de sangre, á la presencia del monarca que se entretuvo en humedecer su pié en aquel enrojecido torrente, como el niño distraído se entretiene en mojar los suyos con la espuma de un arroyo en la arena de la orilla. Cuando quedaron exhaustas las venas de los cinco hombres, los siniestros ejecutores del secreto designio del soberano cogieron los cadáveres que yacían en el púrpureo lago en que resbalaban sus plantas, y uno por los cabellos y otro por los piés, haciendo un gigantesco esfuerzo para tomar impulso, los arrojaron al abismo por encima de las almenas como se lanza una roca á los terroríficos precipicios, viéndose desde lo alto de la torre en que se estrellaron sus frentes, como chocaban entre sí los miembros y el tronco.

—Ahora, dijo Nemphe, que se lo cuenten á la tierra!... Tan sólo la muerte y yo conocemos este misterio. Celestes confidentes de mi sagrado poder, únicos que podéis oírlo y verlo todo aquí: que mueran estos secretos divinos en vuestros pensamientos rocompensados ya por el imperio de los cielos! Nuestras sutiles artes han conquistado este poder inseguro; que rara vez trasciende de la noche á la mañana; pues bien, merced á nuestras complicidades habilmente tramadas, prolonguemos para siempre este supremo ascendiente sobre las almas de los dioses sometidos ó hechizados! Calmemos la mugiente oleada de sus sediciones! El trono exige una falacia ó una opresión constante; ¡ay de aquel que se detiene un solo día en el camino del crimen, porque otro más audaz le suplanta en su encumbrado cuanto peligroso puesto!

No se adormezcan jamás nuestros desafueros unidos, ni termine nunca la perversidad de los dioses: nuestro prestigio está basado en el crimen y en la astucia. Y si á alguien llega á inventar un crimen mayor que los nuestros, consigue arrebatarnos el poder de las manos para pasarlo á las tuyas!....

«Adonai no existe ya: el pueblo aletargado no oirá más esa voz que le despertaba. Si, yo he cometido el crimen, yo he cortado la mano. La casualidad ha entregado en mi poder esas hermosas criaturas, obra maestra sobrehumana del cielo y del infierno, y cuyas perfecciones abochornan nuestras naturalezas: convirtiéndolas en instrumentos de placer y de seducción, tendré con ellos nuevos medios de predominio; ya empiezo á formar sobre ellos proyectos, que han asaltado mi mente como un meteoro. Idos, dejadme solo á fin de que rodeado de silencio pueda incubar en mi seno las sombras de mi vago designio; idos á gozar de las celestes delicias que mi mano os proporciona á fuerza de suplicios!»

Y designando en seguida á los mudos, obedientes á sus señas, los dos amantes encadenados sobre el mármol, les dijo.

—Llevaos al palacio de los esclavos á ese hijo de los bosques aherrojado en sus cadenas: que preparen con precaución su cuerpo para que sufra la mutilación de los mudos; y á fin de enervar esa audacia viril que en él se observa, convendrá mutilarlo ántes de domarlo: entregad el leoncillo á los envidiosos eunucos y desaparezca su virilidad al filo de sus tijeras! Arrancad esos gemelos del seno materno y que los amante una esclava; que beban algunos días la vida ántes de morir; más adelante proveeré sobre su suerte. En cuanto á esa belleza que los inunda con sus lágrimas lleváosla como un dios sin reparar en sus atractivos, ante mí, á mi vista, á la sagrada mansion en que se posa mi mano sobre esas rosas de amor. Los rayos férvidos de la celeste llama harán que se levante erguida esa hermosa cabeza que ahora desfallece, y otros labios beberán en sus ojos esas gotas de llanto. Romped esas ligaduras que lastimarian su piel; que el aceite de menta y las lágrimas de ambar inunden todos sus miembros

cual oloroso rocío; que expriman las flores para que se bañe en sus jugos; que la leche sea su agua y la miel su pan, y que reclinada entre almohadones tenga por únicos vínculos los brazos serviciales de veinte hermosas esclavas.

Dijo. Obedientes á sus sagrados acentos, y subiendo por las gradas de la torre sonora, aquellos humildes esclavos se apresuran á dar cumplimiento á sus órdenes. En vano es que Daidha se retuerza los brazos de afliccion, en vano llama á su amante con angustioso acento; á sus gemidos sólo responden con carcajadas. Las torturas del cuerpo de tan encantadora presa, la agitacion de su seno bajo sus ondulantes cabellos, las palpitations, de sus músculos contraídos que, á pesar suyo, descubren nuevas perfecciones, sólo sirven para que el monarca la contemple con mas satisfaccion y para que el martirio de la jóven dé creciente pábulo á sus lúbricos deseos! ¡Oh la perversidad de los culpables anhelos que hasta tal punto puede convertir el dolor en feroces places, ahogar la compasion en instintos infames, embrutecer la naturaleza y trastornar las almas!....

El rey de los dioses la siguió paso á paso fascinado por sus gritos hasta el umbral del palacio destinado á las mujeres: muy á su pesar apartó la vista de aquel rostro hechicero, y pensativo, fruncido el ceño y haciendo palidecer á sus temblorosos ministros, se alejó con lentitud por los dorados porticos, yendo á sentarse en la sala del banquete sobre el trono celeste con terrible y sombrío ademan y descansando en las manos su frente.

Al ruido de aquellos cantos, á los vapores del incienso, ¿qué idea absorbía todas sus facultades? A los arrebatos de placer de sus inmortales convidados, ¿qué plan fraguaba en su mente? ¿Qué rayo saldría de aquella oscura nube?

Nemphed jamás participaba á nadie sus intentos. Adoptado por los dioses en su edad más tierna, sin madre, sin cariño, sin gratitud, encerrado desde aquel día en la intriga de las cortes, ningun sentimiento humano habia germinado en él. Su alma, sin aliciente ni atractivos, reducíase á su inteligen-

cia; sus pasiones eran el orgullo, la ambicion y la venganza; encumbrarse era para él el universo entero, cualquiera que fuese el abismo ó el sendero abierto á sus pasos; y como habia visto en las luchas celestes que los grandes pasos iban seguidos de grandes caidas, su sorda ambicion se habia arrastrado á la sombra para trepar mejor á la escarpada cumbre del poder. Con objeto de allanar cuantos obstáculos pudieran oponerse á su astucia sublime, su mano habia empuñado la lima en vez de la espada. Domeñando á toda costa su ruin orgullo de bajeza en bajeza habia subido tanto, habia adulado tanto las vanidades de los demás, habia infiltrado sus pensamientos bajo tierra en tales términos, servido y vendido á tantos señores coronados, abandonándolos ántes que nadie por otros señores futuros, habia husmeado hasta tal punto en limpidas ondas las invisibles arrugas del viento aún dormido, atizado las pasiones de tantos dioses rivales y presenciado tantos flujos y reflujos de pasiones, que á cada movimiento de la oleada viviente, una onda le habia elevado sobre la muchedumbre, dejándole caer, elevado de nuevo, abandonado y empujado cien veces hasta arrojarle como espuma en el pedestal de los reyes!

Ningun sentimiento humano palpité jamás en su pecho, haciéndole vacilar en la marcha emprendida; ni la compasion ni el arrepentimiento le hicieron moderar el paso de su encubierto camino, y si veía un amigo caído le hacia servir de escabel para sus planes sin vergüenza ni reparo, pisoteando despues su cuerpo con desprecio. Las alturas del poder están cimentadas en escombros. Reíase en su interior de la imbécil muchedumbre que se detiene á contar los cadáveres que huella: y decia: «Cuando se dirigen los pasos á una cumbre escarpada, ¡ay del que mira atras!» Así fué que, cerniéndose sobre su insensata ralea desde la altura de su frio pensamiento, habíase elevado hasta el trono celeste, á la manera de un miasma impuro surgido del seno de un pantano, que arrastrando por los lugares bajos su masa infecta y nociva fluctua gran tiempo en la sombra del fango exhalado, y ele-

vándose luego por grados desde aquel abyecto nivel, ensucia con sus jirones las alas del viento y cual luciente meteoro, hace brillar en el firmamento su cieno al igual de una aurora!

Hallándose ya en la cúspide, pero con el abismo á sus piés, no osaba sondearlo con sus aterrados ojos, y para resistir al viento que lo sacude se arrastraba entónces en el trono así como ántes se habia arrastrado por el lodo; su imperio no era más que una ondulacion de los los jefes de cada faccion siempre alucinados, y en aquel lago hirviente, ávido de su ruina, vivia de terror suspendido sobre el vacío!

Mas por mucho que deseara ocultar su pensamiento, su misma dominacion exigia confidentes, ministros corruptores de infernales intrigas, que espíaran los corazones y frustraran todos los manejos y cábalas, que adivinaran los pensamientos de los demás y sondearan el terreno, que refrenaran ó dieran rienda suelta á las pasiones, que preservaran de todo complot la fortuna de su señor, su copa de cualquier tósigo y su sueño de toda traicion; dioses inferiores vendidos á su grandeza, compañeros asiduos de sus días y sus noches, hilos secretos y rotos de su sangrienta trama, que entraban en su pensamiento y sorprendian su alma. Merced á ellos conseguia tener á raya y adormecidos á los partidos uno de otros rivales, y aplazar indefinidamente su borrascosa lucha, retardando así su caída miéntras los veía subir. Sabher, Azem, Akil, Serendyb, Asrafiel, eran los confidentes de los grandes secretos del cielo; y cada uno de ellos, fingiendo amor al tirano supremo, al adorar á aquel jefe despreciado se adoraba á sí mismo, espíando el momento oportuno para precipitarle desde la cúspide á donde le habian dejado subir sus mismos desdenes; pero él, leyendo su rencor en sus almas, los tenia bajo su mano como una espada de dos filos que defiende el pecho y hiere al propio tiempo al adversario.

Sin embargo, su corazon se fiaba de un solo corazon; el de una mujer, casi una niña, arrebatada á su madre al darla á luz; fruto verde aún que la prostitucion maduraba y

que Nempned, helado ya por la nieve de los años, habia sustraído, no tanto por amor cuanto por ambicion, á la omniosa esclavitud, y que utilizaba como apoyo de su débil mano, encumbrándola al par suyo al rango supremo. Llamábase Lakmi, apénas contaba doce años y ya empezaban á ajarse las rosas de sus mejillas, porque los miasmas impuros de aquel aire infecto marchitaban la belleza antes de florecer. Mas por el esplendor de las facciones grabado en aquella alma, por el color marmóreo de su piel bruñida por los perfumes, por sus labios que el orgullo naciente comenzaba á fruncir, por el delicado tejido de su negra cabellera que hacia resaltar el tornasolado brillo de sus hombros desnudos, por el rasgado óvalo de sus magníficos ojos de azabache á los que traslucía el alma iluminando sus facciones conociase que una naturaleza poderosa habia impreso su sello en tan noble criatura, y que un gérmen de amor la hubiera perfeccionado más adelante si el hombre no la hubiese abrasado con sus impuras miradas!

Pero Nempned habia marchitado la rosa con su aliento ántes de haber abierto sus pétalos al aura matinal; habia hecho madurar su alma y su hermosura en la corrupcion de un sol demasiado precoz, y ganoso de hacer de ella un uso infernal, habia corrompido él mismo su propia obra, desligando aquel corazon de todo vínculo para arrancarlo de la tierra y encadenarlo al suyo y para que, instrumento ó cómplice de sus maldades, tuviera la misma gloria ó el mismo suplicio. Niña aún, habia enlazado sus tiernos miembros á sus miembros decrepitos, como esos brazaletes que las doncellas asiáticas remachan á su antebrazo y que no se pueden desprender del cuerpo sinó con la vida. Y no mancilló con su impuro aliento á la cándida doncella porque su estéril corazon la amase, sino porque, para urdir mejor su trama necesitaba que se consagrara á él en cuerpo y alma: ella venia á ser el lagarto que espía á la serpiente y que acude á tomar el sol delante del rastrero reptil; el chacal que el tigre lanza ante sí, el cebo que el pescador mece sobre las olas, el áspid de dardo abra-

sador, dormido sobre sí mismo, que una mano enemiga recoge á orillas del Nilo, introduciéndolo en la canastilla y escondiéndolo bajo las rosas para que infiltre la muerte en la mano que en ellas se posa !

Pervertida á propósito en su más temprana edad, el mismo Nemphed habia cuidado de llenar su seno de mortal ponzoña; y así como se educa un alma virginal en la casta inocencia, así tambien habia imbuido su infancia de cuanta perversidad era capaz y tergiversado con sus malas artes, en aquel corazon que era todo suyo, lo verdadero, lo bueno y lo malo, dando el nombre de una virtud á cada vicio, haciendo que prefiriese la doblez á la sinceridad, el desenfado al pudor, el odio á la amistad, la crueldad sarcástica á la tierna compasion, y cuanto mas inficionada de malicia y de crimen veia á aquella criatura, nutrida con veneno, más la iba instruyendo en el crimen, con mayor largueza la recompensaba por el mal que habia hecho, y como horrible premio de aquella horrible emulacion, la hacia disfrutar el placer y el orgullo del crimen ! Pero el último grado de tan pérftida instruccion, el que completaba su obra era el disimulo.

Así era que aquella alma infantil, respirando semejante atmósfera, el olor de la sangre en vez del grato rocío, torturando sus inclinaciones merced á una espantosa emulacion, sabia ocultar bajo una máscara de candor la astucia de los malvados, y dotada de ingenio y de donaire, bella, tierna, reflexiva, y sin embargo, procaz, conocia todas esas artes corruptoras que exaltan las pasiones más obscenas, sabia dar á su voz esa lánguida entonacion en que la voluptuosidad desfallece sobre lechos de flores; representar con su cuerpo el drama impuro de los sentidos cuyos acentos modula la danza en lúbricas actitudes; amenizar su conversacion con tan brillantes símbolos que la naturaleza vive y siente en las palabras; componer, con jugos exprimidos por sus manos, filtros que infundian sobrenaturales ensueños; simular en su porte el amor ó el odio que la pasion imprime en el rostro humano; pasar á su albedrío de una risa falaz al llanto; tren-

zar sus cabellos con el hálito de las flores; comunicar al contacto de sus labios el olor y el estremecimiento de una brisa embriagadora, fascinar toda mirada que se fijaba en ella, y trastornar el corazon áun en el seno mismo del anciano.

Nemphed, que adornaba su obra con tan repugnantes dones, los utilizaba para sus infamias. Aun cuando le sirviera de juguete aquel sér hechicero, en sus manos era más bien instrumento de maldades, pero instrumento cuya gracia y juventud impedían que de él se desconfiara. Ella era la que valiéndose de frases arteras, sembraba la discordia y la envidia, tósigo de los corazones; la que fomentaba el odio é inspiraba las cábalas para hacer ó deshacer intrigas rivales. Ella era la que con su aspecto de niña indiscreta, parecia dejar escapar un secreto de su corazon, secreto que secundando la hipocresía del tirano, disipaba los sombríos celos de los rivales, y obligándoles á desviar su atencion hacia algun falso designio, les dejaba indefensos y descubiertos para recibir el verdadero golpe. Ella, la que espiándolos en sus momentos de expansion, les sorprendia alguna palabra fugaz é imprudente, en medio de sus caricias, y á fuer de experta y sutil tejedora, bastábale coger una punta de la trama para urdir todo el hilo; ella la que preparando todo género de asechanzas, atraia riendo la víctima á la emboscada, mientras el puñal, oculto en la sombra, la descargaba sin brillar un golpe inesperado; ella la que, consumando las crueldades más lentas, sabia amasar la muerte en el veneno de las plantas, embriagar á un amante y hacerle absorber la muerte en un besado por sus labios de fuego ! Porque en aquel tenebroso palacio de astucia y de falacia todo labio al beber sospechaba del cáliz, y para derramar la muerte era forzoso que un cáliz viviente la vertiera en el corazon.

Nemphed recompensaba sus rastreros servicios inflamando su orgullo, dándole oro ó haciéndola disfrutar de mil delicias: ella jugaba cual reina con su cetro de oro, sacaba cuanto queria del tesoro divino, desceñiale la sagrada diadema, ó le quitaba del dedo el anillo, emblema del poder, y cuyo solo espec-

to bastaba para que todos ejecutasen las silenciosas órdenes del soberano de los dioses. Tenía á sus órdenes cien esclavos escogidos en el palacio en que habitaba, contiguo á la mansión de los dioses; los unos hacían brotar flores á su presencia para alfombrar el suelo de vistosos colores; los otros, humedeciendo las brisas, vaciaban y trasvasaban urnas siempre llenas, ó agitando las ramas de los árboles humedecidos comunicaban al viento el fresco y el olor de las aguas; estos hacían llover, de arcada en arcada, las densas cabelleras de las cascadas sobre los musgos cuajados de líquidas perlas; aquellos preparaban exquisitos manjares impregnados de aromas, que satisfacían los caprichos de los sentidos; otros, para llevarla á sus celestas habitaciones, encogían sus miembros formando una cuna viviente por temor de que contraído el músculo de sus brazos por el peso de su cuerpo, pudiera presentar una protuberancia que le lastimara, y de que aquellos carros animados en que reclinaba su frente la hiciesen sentir en demasía el balanceo que producían al andar; otros, en fin, eunucos reservados para los misterios secretos y que prestaban al ídolo más inmediatos servicios, ungián sus miembros al salir del baño con los aceites que el arte sabe destilar de las olorosas flores matinales, y para vestir su hermoso cuerpo á medida de su deseo, la trenzaban, bordándolos con flores, tejidos de cabellos negros ó blondos, cortados al rayar la aurora de frentes juveniles que lamentaban tan forzosa mutilación, del mismo modo que nosotros cortamos, para tejer nuestras ropas, el vellón de invierno de las ovejas, sin compadecernos de que queden expuestas al frío. Aquellos tejidos de Aracne ceñidos á la cintura, profanaban la naturaleza por divinizar el arte, y Lakmi, al envolverse en aquellos sedosos mantos, ni siquiera pensaba en las lágrimas que á otros ojos costaban, sino que, comparando sus hebras, sus colores y sus perfumes, se entretenía en jugar con aquellos vellones humanos, y entrelazándolos con cintas de oro, lo sentía vivir aún entre sus agitados dedos.

Su deslumbradora belleza, aumentaba de tal suerte, admi-

rábase en el cristal de las paredes en que flotaba su imagen y en los ojos que le contemplaban extasiados; pero no porque la satisfacción que ella á sí misma se causaba fuese esa secreta necesidad de hechizar á lo que se ama, sino por el envidioso afán de humillar de una sola ojeada la malicia y el orgullo de otras bellezas rivales. Salía de su retrete risueña y seductora cual abeja matinal que va á libar el nectar de las plantas, deslumbrando con sus atractivos á la muchedumbre curiosa; y ocultando la cavernosa profundidad de su corazón tras un rostro infantil, vagaba á su albedrío por aquel palacio de los vicios para prender todos los corazones en sus viles artificios, y ora tendía la pérfida red de sus astucias femeniles á los sentidos que perturbaba, sembraba esperanzas halagando los corazones, fingía inclinaciones, mostraba preferencias, imprimía á las dulces miradas de sus ojos cariñosos esa incitante atracción precursora de la embriaguez de los sentidos; ora se insinuaba, espontánea y juguetona, en los grupos arrobados de una corte idólatra, ó encantaba los oídos y cautivaba las miradas con la danza ó á los sonos del melodioso laud. Alma entre aquellos cuerpos, su viva inteligencia dominaba los instintos de aquella vil ralea, que siempre la aplaudía con estúpida sonrisa.

Otras veces, prorumpiendo en discursos burlescos, cual muchacho distraído á quien llama la atención el vuelo de una mosca, y deponiendo para jugar la majestad de reina en presencia de las otras mujeres y de los gigantes, tomaba parte en los juegos de los niños, los desafiaba á la lucha y á la carrera, jugaba con la arena ó con la espuma de las fuentes, se mojaba en ellas los pies, y sembraba por el césped el oro y los diamantes de sus vestidos, como si la presencia y la imagen de estos juegos la hicieran descender de su rango y le devolvieran su edad.

Así era que todos preguntaban por ella; todas las frentes se desarrugaban al ver sus ojos; su rostro, á fuerza de arte y disimulo y merced al falaz aspecto que sabía conservar, disipaba todo temor; junto á aquel sér encantador olvidábase que

la sombra Nempheh la cobijaba constantemente; todos se dejaban seducir por ella al verla por primera vez. Así también, cuando el rayo estalla en la nube incendiando el mar con la llama de los cielos, un grupo irreflexivo de muchachos sentados á su orilla se inclina sobre las aguas para ver ese fuego del cielo, y juega con el relámpago que no es más que su imágen.

Solamente á ella le era permitido asistir á los banquetes de los dioses, sentada á los piés del soberano como una ave domesticada, y Nempheh, para distraerse del grave peso del poder, se entretenía en enroscar en sus dedos las ondas de sus cabellos. La nefanda camarilla de los demás confidentes se apartaba por respeto del temible grupo y, en su calidad de dioses inferiores, tomaban asiento en filas separadas en las gradas del cielo.

Asrafiel, el más corpulento y hermoso de aquellos titanes celestes, los dominaba por su estatura, su mirada y su continente; echábase de ver que la tierra, al formarle, había prodigado en él el elemento de la materia y animado aquella espuma con el fuego de los volcanes inflamados por el rayo. El pavimento de granito retemblaba á su paso; igualaba en altura á las columnas de la sala; sus músculos revelaban su fuerza aún estando en reposo, como los nudos de la madera que hinchan la corteza, y al menor movimiento palpitaban bajo la piel de su nuca, parecida á la cerviz de un toro. Sus brazos nerviosos, saliendo de sus robustos hombros, pendían á lo largo del busto sobre sus costados ondulados; sus anchos piés gravitaban sobre el pavimento como planchas de plomo, y sus miembros, perfectamente equilibrados, aún cuando su tronco de mármol se inclinaba bajo su peso, semejaban al árbol, que arraigado bajo tierra en la profunda roca, agita sus brazos al aire, inclinado sobre su base.

La muchedumbre de los gigantes se estremecía á su aspecto; su mano era una tenaza y su puño una maza; el pueblo, á quien siempre infunde respeto la fuerza, le temía, le miraba, le abría paso al verlo, y no acertaba á comprender cómo

se encorbaba aquel cuerpo soberbio cual débil caña á los piés de Nempheh, cómo se allenaba á servir su perfidia y su ambición, ni cómo el león se dejaba encadenar por la serpiente. Pero aquella fuerza era toda su almal y sus pasiones las de la materia; un solo dedo bastaba para remover tan inmensos resortes; en aquel arrogante cuerpo no ardía más fuego que el de los placeres; la inextinguible sed de obscenos deleites inflamaba sus miradas y secaba sus venas, y á Nempheh le bastaba dar pasto á su lascivia para estar seguro de su complicidad, y aplacaba el ardor de su sangre alimentando su vicio, bien así como se sacia la sanguinaria sed del tigre para lograr que se suavice.

En sus ajadas facciones veíase impresa la huella de tan insaciable y abyecta pasión; su frente estrecha y aplanada apenas sombreaba sus salientes cejas: el globo de sus ojos, de un color azulado claro cuyo brillo amortiguaban sus pesados párpados, aunque era abultado y sobresalía al nivel del rostro, parecía siempre impregnado de húmeda niebla, y mirando con vaguedad al través de esta bruma, jamás penetraba en sí mismo su mirada. Las dilatadas alas de su nariz aspiraban á oleadas el aire que henchía su pecho; á sus mejillas, en las cuales fluctuaba el color de la rojiza llama, trascendía el brutal calor de su sangre; en los purpúreos bordes de sus abultados labios se veían respirar las imágenes lascivas, y el largo y espeso vello de sus miembros flotaba como las cerdas en los costados del peludo chivo.

Tan sólo el amor inflamaba su bestial energía; el imperio no hubiera sido para él más que orgía constante; veía con celosa envidia á Lakmi jugando en las rodillas del soberano de los dioses, y su alma saboreando interiormente sus caricias, se anegaba en sus ojos y se encadenaba en sus trenzas.

El feroz Sabher tomaba asiento, cual correspondía á su rango, al lado de Asrafiel, aunque no era tan fuerte y corpulento como éste; pero sí el más repleto de sangre de todos aquellos dioses ante quienes temblaba la tierra, sin que jamás viera aplacada su sed. Era en rigor un verdugo, cuyo mayor placer

consistía en matar, aunque sin combatir; los gigantes sus padres le llamaban la Muerte. Corazon de liebre en la lucha y de tigre en la matanza, todo su denuedo se reducía á su crueldad sin límites. Nempheh había hecho de él su cuchillo y su espanto, y á todos inspiraba el respeto del horror. Su mayor delicia era el asesinato; su principal satisfaccion, inventar suplicios. Jamás daba la muerte sino con cruel refinamiento, absorbía el dolor en las fibras humanas, exprimía gota á gota la sangre de las venas, desparramaba miembro á miembro los jirones de sus víctimas, ó las quemaba á fuego lento, ó las desollaba vivas, ó bien les arrancaba sangrientas tiras del cráneo y suspendiendo de ellas el esqueleto viviente en las almenas de una torre donde lo balanceaba el viento, hasta que la piel, desprendida del cráneo y arrancada tira á tira del cráneo que sostenía, se separara del cuerpo rompiéndose por el peso de éste, las dejaba caer y morir mil veces!

Aquella pantera humana tenía las formas de tal; sus gigantescos brazos eran largos y disformes; sus miembros dislocados, mal adaptados al cuerpo, encajaban pesadamente en su busto contrahecho; su cuello enjuto se hundía en unos hombros salientes; sus costados, faltos de entrañas, hundíanse bajo las costillas; su frente, estrecha y deprimida, se fruncía de continuo por efecto de un temblor nervioso, y los rugosos párpados de sus ojos falaces y grises, á los que parecía molestar la luz del día, se cerraban, se abrían y palpitaban sin descanso. Dibujábase en su boca una sonrisa indefinible que entreabriendo sus labios pálidos dejaba ver dos filas de dientes separados por anchos intervalos y que, rechinando como una boca que muerde, parecían triturar huesos como un tigre tendido. Con el cuello estirado, la mirada fija y el oído atento, procuraba leer el pensamiento de Nempheh en sus ojos y husmeaba, como el perro de un carnicero, la sangre que su fermentado señor le daría á lamer.

A Sabher seguía Serendyb, gigante reflexivo y taciturno, oculto en la sombra de una ancha columna, quien no dignándose dirigir su mirada desdeñosa á la multitud, parecía en-

cerrarse en un egoísta orgullo. Sus labios, fruncidos por las arrugas del desden, daban apariencia de insulto, á su energético pensamiento; sus ojos profundos desaparecían como soñolientos bajo sus espesas pestañas; las preocupaciones alargaban y ahuecaban su perfil; en todas sus actitudes se echaba de ver su tétrica indiferencia, y su mirada soberbia como su planta, descendía desde su altura sobre todas las cosas, sin dignarse fijarse en el polvo en que imprimía su huella. El menosprecio de la humanidad constituía todo su sér; los hombres no eran á sus ojos sino vil materia que debía amoldar á su ambicion, doblegar, romper y estrujar bajo su opresion, haciendo tan poco caso del quejido que les arrancaba como de la leña seca que gime á los golpes del hacha, ó como el que hace un estúpido alfarero del barro inmundo que amasa en su artesa.

Su mano era la encargada de forjar y remachar las cadenas de aquel pueblo por el que no sentía cariño, ni miedo ni odio; él era el inventor de todas las profanaciones con que aquellos Titanes sellaban su poderío; él quien, sustentando con su genio las leyes de los dioses, había hecho de la tiranía un arte adelantado; y quien tenía sujeto al pueblo obligándolo á humillar la cerviz bajo el espantoso yugo que pesaba sobre él.

Segor, Azem, Jehu, gigantes de rostro siniestros, cortesanos ó ministros de aquella corte infame, y jefes inferiores de tenebrosas facciones, completaban tan abominable festín. En la fealdad de su horrible rostro, se vía representada la imagen de un vicio ó de una maldad, porque en la raza impía, en que todo crimen era grande, cada cual ocupaba el puesto á que le daba derecho su perversidad!...

La gigantesca sala en que se celebraba el nocturno banquete elevaba su bóveda colosal sobre sus frentes; los mármoles, esculpidos á modo de gracioso ramaje, parecían sostener los astros del firmamento, y la luna, deslizándose entre ellos como sobre el follaje, reflejaba su imagen en jaspeadas tazas. Al contemplar aquella enorme cúpula calada bajo el ceruleo firmamento, aquellas aguas que oscilaban en los már-

moles espumantes, aquellos muros entreabiertos á las brisas, los fustes aéreos de aquellas redondas columnas entre las que circulaba el viento como en las selvas, llevando los perfumes y la frescura de los jardines, conocíase que aquellos muros, aquellos misteriosos palacios, abrumaban la tierra con inútil peso; que sus arcos de piedra y sus anchurosas bóvedas no eran en aquellos climas más que un lujo de los gigantes y que con aquella vana y maciza estructura habían desafiado por orgullo á la naturaleza. Cien columnas sustentaban el largo entablamiento; pero cuando se contemplaba el raro mueblaje, cuando se recorría con la vista desde la bóveda hasta el pavimento, al considerar el lujo desenfrenado de aquel recinto de escándalo, el alma humana huía por no ver aquella postrera afrenta, y los cabellos se erizaban de horror! La impía arquitectura de los dioses había sustituido con seres vivientes todas las esculturas para recrear en ellos su vista. De una columna á otra había niños colgados, cogidos de las manos, y arqueando sus miembros flexibles, formaban graciosas guirnaldas de cuerpos humanos que enlazaban los hermosos pilares: en vez de capiteles, tenían estos otros grupos de niños que parecían sostener el cielo sobre sus hombros unidos, y acurracados en sus nichos bajo las rudas hojas de acanto, orlaban las cornisas cuál cariátides vivientes. Por el friso movible circulaba un compacto y prolongado grupo que el arte mezclaba ó separaba: mujeres guerreros, niños, combates, amores obscenos, cambiaban de actitudes y variaban sus escenas, inagotable corriente de un largo río vital que desaparecía sin cesar y siempre renacía. Mudos como el mármol, se deslizaban como la sombra; su ondulacion multiplicaba su número; empequeñecidos á la vista por la distancia, apenas se notaban sus ligeros movimientos. Al verlos animar aquel friso, hubiérase creído que la materia, indecisa entre la vida y la muerte, se veía obligada á moverse ántes de vivir, obedeciendo al arte sobrenatural de un mágico poder.

Al rededor del fuste bruñido de las columnas de mármol, elevábanse desde la base subiéndolo hasta las nubes, largas es-

pirales formadas por hermosas jóvenes desnudas que se enlazaban y serpeaban por ellos como se enlaza y serpentea la hiedra en flor en torno de un tronco, ocultando la ruda corteza con sus nudos festoneados. Aquellas doncellas abarcaban con sus brazos todo el tronco de la columna; una ponía los piés donde otra tenía la frente; sus miembros suspendidos, sus manos entrelazadas, sus cabezas echadas atrás por efecto de sus esfuerzos, sus músculos retorciéndose sobre el terso granito, sus largas cabelleras sobre sus hermosas frentes, aquel gracioso caos de cuerpos y de rostros, aquella encantadora aglomeracion de formas de todas edades, que enlazaba el contorno de cada columna y la bordaba de carne palpitante, todo aquel infame artificio causaba la ilusion más completa y más falaz, haciendo que el mágico edificio se asemejase al templo de la vida, en el que todo estuviese construido con piedras de carne y hueso, con muros vivientes!....

Para aumentar la molición idolátrica de los gastados sentidos, los miembros de los dioses descansaban sobre sedosos tejidos recién trenzados con largas cabelleras de jóvenes de diez y seis años, á las cuales se les privaba de ellas á la fuerza como se arrancan al cisne las nuevas plumas de sus alas para hacerlas servir de blando lecho. Voluptuoso plumon eran á la verdad los cabellos de las desdichadas jóvenes, entrelazados con olorosas flores y que conservaban aún en sus ondas la huella y el contorno de los hermosos cuellos que poco ántes cubrieran. Pues reclinando los dioses en tales vellones sus rudos miembros, descansaban sobre ellos en indolentes posturas. Para apoyar su espalda ó sus rodillas habían juzgado indignos de su molición las sillas, los bancos, los lechos y los cojines, y tan sólo se servían al efecto de la flexibilidad del cuerpo humano que, plegándose á sus menores esfuerzos, podía prestarse complaciente á los movimientos de los cuerpos. Varios esclavos enseñados á tan indigno servicio, hombres y mujeres tendidos en la esterilla alrededor de los gigantes, cambiando de actitud á su menor ademan, presentaban sus blancos hombros á sus repugnantes miembros: los dioses

hundían sin cuidado en aquellos cojines de carne sus codos que dejaban cárdenas señales en más de un seno lastimado; otras veces sofocaban bajo su masa colosal á algún niño, ó lo aplastaban con el enorme pesc de su cuerpo; sus abrigados piés descansaban entre dos ebúrneas manos; mientras que otras lindas jóvenes, colocando su torneado cuello bajo sus nuca de hierro, soportaban el peso de aquellos Titanes cuando deseaban recostarse. Los insolentes caprichos de tales tiranos hacían que de tales modos se prestase la carne humana á desempeñar los servicios más degradantes, conociendo además que su poder era mayor valiéndose de aquellos muebles vivientes que si sus manos brutales se hubieran servido de muebles de oro ó de madera; y el dulce calor de la piel cuyo contacto les parecía más suave que el del marfil ó el ámbar, comunicando al cuerpo su tibia impresión, les hacía gustar un placer á cada movimiento de su cuerpo.

No tenían ante sí mesas ni trípodes donde se les sirvieran cien deliciosos manjares; pues su soberbia hubiera considerado como un envilecimiento el tener que extender el brazo para coger la copa llena de néctar; sino que las presentaba un admirable grupo de esclavas, cuyos niveos dedos enlazados á modo de canastillas, imitaban la forma de los trípodes, y que con sus cabellos enjugaban el líquido que al rebosar de las copas caía en el marmol, y observando con atención los movimientos del cuerpo de su respectivo señor, levantaban los brazos al nivel de sus labios. Aquellos mónstruos de orgullo, envanecidos de poseer tantos esclavos, no hacían uso alguno de sus propios miembros, pues al servirse de ellos temían degradarse, y sólo alzaban los brazos para matar.

El arte, profanando la naturaleza para satisfacer sus gustos depravados, convertía en maldad hasta su mismo alimento, y haciendo tributarios á todos los elementos, se proporcionaban manjares tan raros como exquisitos. Para emenizar sus festines, hacían verdaderas hecatombes de animales y la

médula de los corderos, la lengua de las palomas, todo cuanto hay de más sustancioso para el vil paladar entre lo que pasta, nada ó vuela, constituía los platos escogidos de los banquetes de los dioses; y el pueblo hambriento se precipitaba sobre los restos; y la sávia extraída de las ramas mutiladas, y los perfumes destilados de las flores, y los rayos del sol, cuyas líquidas llamas circulan por las venas de la adormidera, mezcladas en su brebaje con granos de incienso, abrasaban sus sentidos en inmortal embriaguez.

Disputando este servicio á las más bellas esclavas, Lakmi servía á Nempbed en aquellos festines sagrados los alimentos que ella misma preparaba furtivamente, gustando ántes que él los manjares más suaves. El viejo suspicaz, de nadie sino de sus manos recibía el néctar probado ántes por sus leales labios; y al final del banquete, cuando los sentidos embotados á fuerza de glotonería y embriaguez, parecían adormecidos, cuando los ojos extraviados y los labios encendidos iban preparando el alma al colmo de la orgía, un espectáculo horripilante introducía nueva variedad en sus placeres, digno entretenimiento de sus criminales ocios. Este espectáculo no consistía en esa ficción, en esa simulada tortura con que el arte imita en el teatro á la naturaleza, y en que la risa y el llanto, la sangre el puñal, estremecen á la muchedumbre, con esos emblemas ingeniosos de las escenas de la vida que tan completa ilusión causan; el de los dioses era la naturaleza misma sorprendida en sus verdaderas impresiones con sus gritos reales, su sangre, sus pasiones, sus voces más íntimas y sus desnudas fibras palpitantes ante ellos! El pueblo proporcionaba el drama y los actores. Uno de aquellos viles tiranos, encargado de proporcionar la grata sorpresa á los divinos espectadores, fatigaba su imaginación para urdir la trama que había de componer el argumento de la tragedia, y escogiendo para asunto algún asesinato interesante, hacía que lo representasen ante ellos sin omitir el derramamiento de sangre, y para que la ilusión fuese completa y halagüeña convenía que el mismo actor fuese víctima sin sa-

berlo del papel que representaba, y que, ignorante del odioso artificio, derramase su sangre en presencia de los dioses.

Aquel día, el previsor ministro se había excedido á sí mismo en la siniestra invencion de tales espectáculos: consistian en horrorosas luchas de hombres con leones; en cestas llenas de áspides y en cubas de escorpiones, en las cuales hicieron que metiera un hombre su brazo sin saber lo que aquellas contenian, á fin de oír, entre horribonas carcajadas, el grito doloroso en que prorumpia al sacar aquel miembro crispado por su martirio, y de recrearse en la mortal palidez de su rostro; en personas vivas, arrojadas dentro un cilindro candente, para oír cómo chisporroteaba su carne; en grandes masas de granito que obligaban á otros á rodar sobre puentes de cañas próximos á derrumbarse, para que, á cada paso que daban sobre tan frágiles arcos, el terror les hiciera contraer las plantas de los piés; en forzarles á serrar hierro con los dientes ó á correr, para evitar una muerte más horrible y más segura, sobre un pavimento incrustado de agudos clavos de acero que desgarraban sus carnes: en una palabra, en una horrorosa variedad de horrorosas muertes que excitaban además la hilaridad de los dioses al ver la indecision de los que habian de sufrirlas.

Pero deseoso el brutal organizador de tan inconcebibles placeres de que en aquellas escenas infames fuesen unidos los tormentos del cuerpo con los del alma, los supo combinar en su drama infernal de siguiente modo:

En aquella poblacion servil que sufría sin murmurar el peso abrumador del cetro de los dioses, habia descubierto una pareja de jóvenes y hermosos amantes, cuya efimera ventura tenia su complemento en una criatura de seis meses, fruto de aquellos corazones enamorados, delicia de ambos y éxtasis de la madre. Aquella misma mañana los arrancaron los verdugos del asilo en que trascurrían ignorados sus días de felicidad, y conducidos por separado á la mansion celeste, temblaban el uno por el otro, pues áun cuando ignoraban lo que de ellos se quería, el terror y la duda extraviaban su razon.

La escena era el patio de una prision sombría, en la que los gigantes podian ver sin ser vistos todo cuanto pasaba desde sus lechos de rosas, y en la que los fúnebres actores del drama verdadero actuaban sin sospechar que tuviesen espectadores.

Ichmé, que tal era el nombre de la jóven cautiva, estaba sentada en un banco de un rincon, cabizbaja y meditabunda; sus ojos, encendidos de tanto llorar, dirigian de vez en cuando una mirada á su hijo dormido, á los muros que la encerraban y á la porcion de cielo á donde la sensible jóven parecia lanzar su alma envuelta en suspiros. Poco despues se puso á palpar las frias paredes rodeadas de cierta oscuridad, aplicando el oido al más leve rumor que percibia. De pronto levantó la cabeza al oír los callados pasos de alguién que subia á la torre y aparecia en su cúspide; el recién llegado inclinó su cuerpo sobre el abismo profundo y su mirada errante parecia explorar el fondo. Un grito resonó á la vez en la base y en la cúspide. Ichmé levantó los brazos llena de delirante júbilo al conocer á su amante Isnel que desde lo alto de la torre le tendia los brazos abiertos y la llamaba á su vez.

—¡Ichmé! murmuraba con trémula voz. ¿Eres tú? ¡Ah! ¡Por fin estamos los tres reunidos! Si, tú eres: no hay tinieblas capaces de impedir que te vea. Pero ¿estás sola en el fondo de ese negro abismo? ¿No puede oírnos ni vernos nadie, ni hacernos caer en algun lazo?

—¡Oh, habla! respondia la cautiva á su esposo. La distancia y el silencio es lo único que hay entre nosotros. Mi corazón abandonado vuela á ti al oírte. Mira como te presento en mis brazos al niño, á tu ídolo, que en mi agotado seno, que palpita al escucharte, ha sonreído de júbilo al oír tu voz. Observando una puerta abierta en mi oscuro calabozo, me he arrastrado descalza hasta este patio desierto para que nuestro pobre hijo respirase el aire nocturno que es aquí ménos sofocante. Ningun paso, ninguna voz humana ha llegado á mis oídos; tan sólo escucho el cavernoso resuello de los leo-

nes encadenados en estos oscuros antros, cuyos rugidos hacen retemblar los muros!

—¡ Oh médula de mis huesos! ¡ qué tormento! ¡ qué alegría! ¿ Habré de estaros viendo sin poder salvaros? ¡ Oh! ¿ Por qué no habrás de poder subir al nido de nuestro amor como la golondrina á la cúspide de mi torre? Si esta noche no es un sueño, una quimera, iré á arrebatár á los dioses los hijos y la madre! Una escalera que sube desde mi abierto calabozo hasta estas negras almenas me ha conducido aquí á favor de las nocturnas sombras que me ocultan: puedo recorrer libremente su elevada plataforma; parece que todos duermen á los piés de estos desiertos muros. La torre sirve de baluarte á la ciudad de los dioses; el rio corre allá abajo y brilla á mis ojos: las hiedras en las que puedo apoyar mis piés nos permitirán bajar hasta las márgenes de la corriente, y una vez allí, te llevaré á la orilla opuesta para guarecernos en el antro en que el leon esconde sus cachorros.

.....

« Mas ¿ qué veo? Los guardianes han dejado olvidada en estos sitios una cuerda de junco enrollada cual serpiente, que parece atada adrede á las almenas de la torre para burlar su venganza y salvar al amor. ¡ Ichmé, no tiembles! »

Dijo y desenrolló la cuerda que se deslizó rápidamente á lo largo de los muros, y divisado únicamente por los astros del cielo, llegó á tierra donde lo recibieron dos brazos temblorosos. ¡ Oh! Quién seria capaz de retratar aquellas dos cabezas estrechamente unidas, aquellas manos palpitantes enlazadas al cuello, aquellos labios que se separaban un momento para unirse con más fuerza, aquellos miembros que se inclinaban bajo el peso de su arrobamiento, aquellas pausas entrecortadas por rápidas frases, y aquellas manos en las manos y aquellas afanosas miradas, múltiples asaltos de mil sentimientos que pintaban en los ojos los ademanes de los amantes! Hubieran bastado para arrancar lágrimas á las piedras y

hender los árboles; pero ningun sentimiento humano humedecía los párpados de los dioses.

— Demos tregua, dijo el hombre, á estos arranques de cariño: la luna se remonta por el cielo, aprovechemos los momentos; deja que mis brazos te suban á la cúspide de la torre ántes que el nocturno astro la inunde de su luz.

— Salva primero al niño, contestó la madre, y en seguida bajarás á sacarme de aquí.

El jóven, lleno de temeroso recelo, cogió á su hijo bajo el brazo, dirigióse á la cuerda, la asió con ambas manos echando atrás la cabeza, aferróse á ella con los dos piés como un pastor al trépar por el tronco de un árbol, y ante el doble peso que hace vibrar aquella escala, procuró conservar su oscilante equilibrio. Ichmé los seguia con la vista y los sostenia con el corazon; su voz reanimaba el vigor de su jóven esposo, el cual llegaba ya al tercio de la muralla, cuando resonaron pasos humanos en lo alto de las torres y se proyectó en el espacio la sombra de los gigantes; la cuerda que sostenia la preciosa carga y cuyo extremo flotante arrastraba aún por el suelo, se escapó, subiéndose, de la mano que la oprimia, y recibiendo desde arriba una vibracion, describió una curva al elevarse. ¡ Oh terror! Una fuerza invisible ha recogido la cuerda hasta llegar al saliente reborde de una almena, quedando el jóven desatinado y con su hijo en los brazos, balanceándose á cien piés de altura y amenazado de una muerte inminente. El feroz verdugo que hace vibrar el cable imprime á aquellos cuerpos flotantes un vaiven espantoso; el peso aumenta la amplitud de las oscilaciones, no pareciendo sino que se desea estrellar á aquellos infelices contra los muros, y así como una mano terrible, al cimbrar una honda, hace que el aire silbe á impulsos de la piedra disparada, así tambien el impulso dado á la cuerda los hacia rebotar contra las paredes; Isnel las manchaba de sangre á cada golpe, y temeroso de que su hijo se estrellara contra ellas, le guarecia con su cuerpo mientras que sus dedos sujetaban como tenazas la cuerda; todos sus miembros crispados se encogian cual si

formaran una sola masa; presentaba su frente para preservarle de los golpes, prolongaba tan espantosa lucha sin esperanza de conservar la vida, y caía mil veces para evitar su caída.

Mientras tanto Ichmé los miraba desde abajo como si hubiese quedado petrificada, y cuantas veces sufría la cuerda una sacudida, otras tantas retemblaban los muros de horror al resonar en ellos el grito que lanzaba; seguía, corriendo, con la vista y la actitud de la curva que describía su amante en el espacio, temiendo á cada rebote que el cuerpo de su hijo, escapándose de los brazos de su padre, se estrellase contra el suelo. Por fin el cable recobra lentamente su fijeza cual una plomada, y los dos miseros seres ondulan en aquel frágil péndulo á lo largo de los muros entre la doble muerte que los amenazaba. En la cúspide de la torre no se oye más ruido que el del viento; pero de pronto penetran los verdugos en el patio, y mientras el esposo, haciendo un esfuerzo sobrehumano con su hijo en brazos lo disputa al abismo, aquellos monstruos desenfrenados mancillan á Ichmé á su vista, martirizándola con sus besos odiosos. Cuantas pasiones pueden retratarse en el rostro humano, el terror, el amor, la piedad, la rabia, el odio, se pintan á la vez en tan horrible trance en las facciones contraídas del padre y del amante. Sus dedos, crispados por tan intolerables suplicios, estuvieron veinte veces á punto de soltar la cuerda, y otras tantas blandió su hijo sobre ellos como un luchador para aplastar con él á los que así profanaban á su amada; pero su mano, contenida siempre por el cariño paternal, se negó á lanzar aquel cesto sobre la cabeza de los verdugos. Sobreponiéndose á su horror merced á un nuevo esfuerzo, consiguió llegar á la cúspide de la torre solitaria, y para sustraer á su hijo al menos á aquellos verdugos, cruzó el río y volvió á pasarlo á nado.

.....

Ichmé cuyo dolor la privó del conocimiento, parecía tornar en sí poco á poco; su primer afán fué estrechar á su hijo

contra su agotado seno; buscáronlo sus brazos, pero sólo encontraron el vacío. La terrible realidad la hizo recobrar súbitamente los sentidos; irguió bruscamente su cuerpo, y cruzó por su angustiada mente un torbellino de relampagueantes ideas: púsose á dar vueltas en derredor de las tenebrosas paredes, con el cuerpo inclinado, los brazos extendidos y sin atreverse á separarlos, como quien busca algo y teme sin embargo encontrarlo; aplicó el oído á las lumbreras de las mazmorras defendidas por robustas rejas, guardadas subterráneas, recintos que los leones llenan, mientras duermen, del sordo rumor de su respiración. La mirada no podía abrirse paso al través de las sepulcrales tinieblas que allí reinaban, pero percibíase el resuello de las fieras y los cavernosos ronquidos de su pecho. Su corazón de madre creyó oír ¡oh cielos! el ruido de un paso sordo que descendía á aquellas cavernas de la muerte; no era una ilusión, no, porque se oía cada vez más próximo y presuroso: gimieron los pesados goznes de la puerta, y su turbación llegó al colmo. Creyó divisar con los ojos del alma, el fondo de aquel antro del cual salió una voz confusa. El paso de los criados hizo presentir una presa á las fieras; que rugían de júbilo, y su impetuoso aliento hizo retremblar los barrotes de la reja.

—¡Isnel, el niño ó tú! gritaban los verdugos; nuestros leones quieren cebarse en tu carne; entrégales á tu hijo ó haz que te devoren!

¡Oh colmo de horror! Isnel parece vacilar; los verdugos van á arrojarle á los leones; pero de pronto cae un bulto en el fondo del negro cubil, y ¡oh duda atroz! ¿será el hijo ó el padre? Los leones prorumpen en rugidos que se sobreponen á todo, luego se oye el lamentable quejido de una criatura, así como el crujido de los huesos triturados por las mandíbulas de las fieras, revelando á la aterrada madre la clase de presa que estas devoran... Transida de horror cae de bruces contra una piedra: sus miembros convulsos palpitan de espanto; retuerce con desesperación sus brazos sobre su cabeza cada vez que llega á sus oídos el crujido de los huesos que rompen

las fieras; se destroza en vano los dientes contra las barras de la reja y prorumpe en angustiosos gritos, capaces de enternecer al mismo infierno.

.....

Mientras tanto Isnel vuelve á bajar por la flotante escala para salvarla y acude á su lado; mas ella, creyendo ver en su esposo al bárbaro asesino de su hijo, siente que el corazón se estremece á su aspecto, retrocede cual ante una serpiente y exclama:

—¡Mónstruo! ¿Y has podido dar nuestra alma por tu vida?

¡Un padre ha podido arrojar su hijo á los leones! ¡Y no tienes reparo en presentarte á la madre! ¡Y vives aun! ¡No, no vivirás de la pura sangre de mis venas!

Y así diciendo, levanta un pesado haz de cadenas, lo lanza con furia sobre la cabeza del atónito Isnel, y con desastroso acierto, lo mata y lo maldice. Volviendo luego contra sí misma su mano despiadada, ábrese una vena con el filo de uno de los hierros que la encadenan, y cae desplomada vertiendo un arroyo de sangre: su hermosa frente se inclina y decolora, y á pesar de que apenas respira, se indigna todavía.

.....

De pronto aparece alumbrado el patio por la luz de las antorchas que difunden una fúnebre claridad sobre aquella escena de muerte. El feroz genio que de tal modo sabia torturar el corazón humano quiso escarnecer la agonía con el colmo de la desesperación. Un verdugo, ufano del error de la madre, le presenta á su hijo lleno de vida, á su hijo sediento que la abraza y llora, y chupa en vano su agotado seno. Los reproches que los satélites de los dioses dirigen á Ichmé, mezclados con horribles chanzonetas, la llenan de asombro y la ponen fuera de sí.

—¿No ves, la dicen, que era una broma, joven insensata? ¿Porqué te has apresurado tanto á inmolar á tu amante, si

era inocente del crimen que le atribuías? ¿Qué leche mamará ahora tu hijo? ¡Bah, dale á mamar sangre!

Los mónstruos prorumpieron al decir esto en una carcajada horrible; el corazón de la pobre madre sufrió entonces una convulsión postrera que la arrancó la vida, y los verdugos, arrastrando el niño y los cadáveres de sus padres, los arrojaron juntos al antro de los leones!

